

# SOBRE “LA CAÍDA DEL ÁNGEL”

---

Autor: SANDRA PATRICIA GALARZA

---

## El resplandor de la caída: ecos del mito luciferino en *La caída del Ángel*

*“Nadie rebaje a lágrima o reproche esta declaración de la maestría de Dios, que con magnífica ironía me dio a la vez los libros y la noche.”*

— Jorge Luis Borges

Hay mitos que se niegan a morir. No importa cuántos siglos pasen, vuelven a aparecer bajo nuevas formas, como si se resistieran a ser olvidados. El mito de Lucifer —el portador de luz que cae, el ángel que elige desobedecer— es uno de ellos. En la novela *La caída del Ángel* de Carlos F. Pérez de Villarreal, esa antigua figura se reencarna en un mundo contemporáneo, híbrido entre el periodismo y la fe, la investigación racional y el misterio metafísico. En sus páginas, el mito bíblico se vuelve una metáfora del conocimiento y del poder narrativo: quien busca comprender la verdad, necesariamente debe atravesar la caída.

Desde las primeras páginas, la novela se abre con una escena de luz cegadora: “*La luz: cegadora, blanca, intensa... siempre la luz.*” Esa insistencia no es casual. La luz, que en los textos sagrados simboliza el bien, aquí se vuelve ambigua: es revelación, pero también peligro. Melisa y Nicolás corren bajo ella, como si huir de la claridad fuera la única forma de sobrevivir. Esa escena inicial, aparentemente realista, anticipa la dualidad que recorrerá toda la obra: el resplandor puede cegar tanto como iluminar. Pérez de Villarreal juega con ese límite, del mismo modo en que el mito luciferino explora el abismo entre la obediencia y el pensamiento libre.

El protagonista, Eduardo Bazán, periodista de larga trayectoria, encarna al hombre moderno enfrentado a los restos del mito. Su oficio —la búsqueda de la verdad a través de la palabra— lo convierte en una especie de nuevo Lucifer: portador de luz, pero condenado a sospechar. Cuando un desconocido le entrega un manuscrito con la frase: “*Recuerde, la moralidad no existe, existe la moral*”, se inicia el descenso. La verdad, parece decir la novela, no es una revelación divina sino una construcción humana, frágil y cambiante. Esa distinción entre moralidad (lo absoluto) y moral (lo

relativo) desarma el edificio teológico que sustentó siglos de dogma. Lucifer deja de ser el enemigo de Dios para convertirse en su espejo crítico: el primero que se atreve a pensar.

El manuscrito que Bazán recibe funciona como un texto dentro del texto, una Biblia invertida. En él se lee: *“El Portador de Luz fue el favorito, el más glorioso e iluminado de toda la Creación, hasta que algo lo llevó a rebelarse contra el Origen de Todas las Cosas.”* No hay aquí un demonio castigado, sino un ser que elige la disidencia frente a la obediencia ciega. Pérez de Villarreal rescata la versión gnóstica del mito: la caída no es un castigo, sino una consecuencia del deseo de conocer. En ese sentido, Lucifer se asemeja a Prometeo o a Adán: el que desafía al poder para alcanzar la sabiduría. Y en esa lectura, Bazán, al intentar desentrañar el secreto de los “Imaginarios”, repite ese gesto ancestral. La investigación periodística se convierte en un acto de rebelión espiritual.

La novela avanza entre dos planos: el del relato de Bazán —con sus cafés, sus viajes y sus descubrimientos— y el del discurso teológico que se filtra a través del manuscrito. Esa superposición de voces genera un efecto borgiano: el lector no sabe si asiste a una crónica, a una ficción dentro de la ficción, o a un texto sagrado apócrifo. En cada nivel late la misma pregunta: ¿quién narra? ¿el hombre, el ángel, o el escritor? No es casual que una de las frases claves del libro sea: *“Somos lo que narramos y, a la vez, somos narrados por otros.”* La caída, entonces, no solo pertenece a los ángeles: pertenece también al narrador, al que se atreve a contar lo que no puede decirse sin desafiar algún orden.

Pérez de Villarreal introduce a los “Imaginarios” —esa misteriosa organización que preserva verdades prohibidas— como un espejo de las antiguas órdenes esotéricas. Ellos representan la memoria del mito, los custodios de un conocimiento que la razón moderna ha tratado de sepultar. Pero también son una advertencia: toda verdad revelada puede volverse instrumento de poder. Por eso el autor siembra la duda: ¿quiénes son los verdaderos caídos? ¿Los que desafían al dogma o los que lo utilizan para dominar? En esa ambigüedad se cifra la potencia de la novela. Nada es unívoco; todo está contaminado de luz y sombra, como el propio Lucifer, como el propio Bazán.

En un momento clave, el protagonista reflexiona: “No creía en ningún Dios, pero me sentía creyente.” Esa paradoja resume la tensión central del libro: el hombre contemporáneo, aun despojado de fe, sigue necesitando creer. Tal vez no en un dios trascendente, sino en la posibilidad de una verdad propia, de una palabra que lo salve del silencio. Y esa búsqueda, que comienza como una investigación periodística, termina convirtiéndose en una experiencia interior. Bazán escribe su novela dentro de la novela: “Las palabras venían hacia mí, desordenadas, voraces, gritonas; repercutían a mi alrededor... Las peleé a todas, cada frase, cada giro.” Escribir, en ese momento, es caer. Cada palabra es una tentativa de vuelo y una confesión de derrota. La caída del ángel se transforma así en la caída del escritor en el abismo de su propio lenguaje.

Como en Borges, en Pavese o en Wilde —autores citados a lo largo del libro—, la luz no es sólo un símbolo divino, sino una forma de la conciencia. Quien ve demasiado, cae. Quien busca entender, se quema en su propio resplandor. Pérez de Villarreal parece advertirnos que todo conocimiento verdadero tiene un precio: la pérdida de la inocencia. Y tal vez por eso su novela no ofrece respuestas definitivas, sino una pregunta que vibra en cada página: ¿qué significa realmente iluminarse?

En su diálogo con la tradición judeocristiana, *La caída del Ángel* no pretende reescribir la Biblia, sino revelar su dimensión literaria. La cita de la *Vulgata*, el recuerdo del *Concilio de Letrán*, las interpretaciones sobre Lucifer y la alusión al “Origen de Todas las Cosas” funcionan como espejos intertextuales que se reflejan entre sí. Cada referencia bíblica o histórica es filtrada por la mirada del narrador contemporáneo, que ya no busca fe, sino sentido. En ese juego de ecos, el mito se actualiza: el ángel caído ya no habita los cielos, sino las redacciones de los diarios, los cafés, las pantallas donde aún se escribe y se borra la historia humana.

Al final, lo que el libro propone es una reflexión sobre el acto de narrar. Contar es caer, porque implica desobedecer al silencio. El escritor, como Lucifer, es aquel que se atreve a mirar más allá del límite impuesto y regresa marcado por la luz. Tal vez por eso, en la novela, las frases finales parecen resonar como una confesión: “Las redes ya estaban echadas. Había que esperar.” Esperar qué: ¿la redención, el castigo, o la escritura misma como forma de sobrevivir?

En *La caída del Ángel*, la literatura se convierte en el lugar donde el mito sigue respirando. No se trata de creer o no creer, sino de aceptar que la búsqueda de verdad —en la religión, en la filosofía o en la narración— siempre conduce a un abismo. Pérez de Villarreal reescribe la caída no como un descenso, sino como una ascensión invertida: la luz que deslumbra y enceguece, la sabiduría que hiere, la palabra que salva y condena al mismo tiempo. Como en toda gran obra, el mito no termina: continúa cayendo, sigue ardiendo, sigue escribiéndose en nosotros.

Trabajo Final Diplomatura en Creación Literaria SADE. Profesora Bertha Bilbao. 2025